

VII

La Academia americana de Artes y Letras, de Nueva York.

Inauguración de un nuevo edificio

INVITADA la Academia de la Historia por la *American Academy of Arts and Letters*, de Nueva York, a las ceremonias en relación con la inauguración del nuevo edificio que se ha construído como ampliación del domicilio social, y designado para representar a la Corporación en tales actos el señor Llanos y Torriglia, como lo habían sido don Julio Casares y don Francisco J. Sánchez Cantón para representar a las Academias Española y de Bellas Artes, respectivamente, nuestro compañero ha dado cuenta a su regreso, en una de nuestras juntas, del desempeño de su cometido.

La Academia Americana de Artes y Letras, la más joven de las Academias, como ella suele denominarse justamente (pues recientemente, el año 1928, celebró el veinticinco aniversario de su fundación en 23 de abril de 1904), ha logrado merecidamente en tan corto espacio de tiempo alcanzar renombre de autoridad y respeto. En la actualidad es su Presidente el ilustre rector de la Universidad de Columbia, senador y destacadísima figura de la política norteamericana, míster Nicolás Murray Butler

y es su Secretario el diplomático venerable e inspirado poeta, antiguo Embajador en Italia, míster Roberto Underwood Johnson, a quienes presta inteligente colaboración, y sería injusto olvidarla por sus constantes atenciones con los que han sido huéspedes de la Academia, la amable *assistant to the President*, mistress William Vanamee. En las listas de la Academia han figurado los nombres más prestigiosos de los Estados Unidos: Roosevelt, Wilson, Howells (el novelista editor del *Atlantic Monthly* y de *Harper's*, que fué su primer Presidente); Julia Ward, la eminente feminista, considerada como la Concepción Arenal americana; Sargent, el afamado pintor, admirado en Europa; Henry James, tan influyente en la novelística del Viejo Mundo; nuestro conocidísimo Mark Twain (Samuel L. Clemens), y cuanto de más saliente ha habido en las esferas del Arte de aquel país en todas sus manifestaciones. De los hombres relevantes que hoy son miembros de la Academia no se hace mención por temor a indisculpables omisiones.

Tiene por objeto capital la Corporación, según sus Estatutos, los adelantos e intereses de la Literatura y de las Bellas Artes y se compone de cincuenta académicos, que han de ser elegidos necesariamente entre los individuos del Instituto Nacional de Artes y Letras, que son doscientos cincuenta, agrupados en tres secciones o departamentos: de Literatura, Arte y Música. No constituye, pues, la Historia, tema de especial estudio para la Academia; pero su cultivo ha sido siempre considerado como materia propia de las buenas letras, y en el cuadro de honor de aquélla hay que considerar comprendidos a sus grandes socios historiadores, tales como Henry Adams, autor de *The History of the United States*.

from 1801 to 1817; Bigelow, el biógrafo de Franklin; Dickson White, catedrático de Historia en Michigán; Lea, especializado en historia eclesiástica; Carlos Francisco Adams, el historiador de Massachussetts; Barrett Wendel, publicista de Historia literaria; James Ford Rhodes, cuya *History of the United States from the Compromise of 1850*, en siete volúmenes, precedió a su *History of the Civil war* y a otros ensayos; Sloane, Lodge, Nelson Page, Hay, Thayer y Beveridge, entre otros. Excusado es recordar que Wilson fué también autor de *George Washington* y de una *History of the American people*, y que Roosevelt, en una de las múltiples manifestaciones de su compleja personalidad, fué asimismo historiador de Cromvell y de la guerra de 1812.

Los festejos con que tan ilustrada institución conmemoró la inauguración de su nueva casa y agasajó a sus invitados duraron oficialmente dos días, pero se prolongaron con carácter particular algunos más. Aquéllos eran, además de los académicos españoles, MM. Levy Bruhl y Chevrillon en representación del Instituto de Francia y de la Academia francesa, respectivamente; Mr. Maurice de Wulf, por la Academia Real de Bélgica; profesor Formichi, por la Real Academia de Italia, los señores Ussani y Ramagnoli, por la Academia Nacional de *I Lincei* y la de San Lucas; el doctor Luders, de la Academia Prusiana de Wissenschaften; doctor Cupertino del Campo, por el Instituto Cultural Argentino-Norteamericano; Sir Willian Llewellyn, por la Real Academia de Artes de Londres y el profesor Seymour Conway por la British Academy; monsieur Grier, por la Real Academia canadiense de Ar-

tes, el profesor Koht, de la Academia Noruega, y el doctor Alejandro Quijano, por la Academia Mexicana.

Empezaron los actos solemnes por la recepción de los académicos extranjeros, a quienes saludó en elocuentes frases de bienvenida el Presidente, desfilando después por la tribuna todos los recién llegados para agradecer la invitación y buena acogida de que eran objeto. Al hacerlo el señor Llanos y Torriglia, "en nombre de una de las más viejas Academias del Viejo Mundo, que en breve será dos veces centenaria", ofreció en nombre de la Academia de la Historia a míster Butler un ejemplar de la monografía del secretario de nuestra Corporación señor Castañeda, que relata la vida de la misma, e hizo votos por el prometedor porvenir de la más juvenil Academia del mundo, deseándole largos años de participación, seguramente brillante y sabia, en la labor de impulso a la cultura universal, característica de todos los organismos allí reunidos. Poco después empezaban las sesiones o juntas, a veces simultaneadas con *lunchs* y banquetes, en las cuales, alternando con oradores de la propia Academia, los invitados leían sus respectivos discursos sobre temas académicos los más diversos.

Una hábil distribución entre las nacionalidades representadas evitó todo rozamiento de etiqueta. Los representantes españoles intervinieron en los tres actos públicos más salientes. El señor Llanos y Torriglia, que se sentaba a la izquierda del Presidente, leyó su discurso, que aparte se publica, en la sobremesa del almuerzo ofrecido por la *American Academy* a sus huéspedes en la Biblioteca del hogar social; antes que él había actuado Mr. Chevrillon, por la Academia Francesa, le-

yendo un trabajo sobre la labor de las Academias en relación con el modernismo, y después consumió su turno el delegado inglés, míster Llewellyn, relatando la historia de la noble Academia instalada en la *Burlington House* londinense. El señor Casares, a los postres del gran banquete celebrado en el *Ritz-Carlton*, disertó sobre el magisterio académico de los idiomas y la colaboración internacional de las Academias; y el señor Sánchez Cantón cerró los discursos de la sesión de clausura de las fiestas en el *auditorium* del nuevo edificio con una circunstanciada noticia de la actuación y vida de la Academia de San Fernando.

Nuestros compatriotas fueron siempre objeto de señaladas distinciones. Asistieron con los delegados franceses al palco presidencial en un concierto celebrado en el local de la Academia invitante; concurrieron asimismo convidados a otro festival en el Carnegie Hall y a una comida en el Century Club, y aparte de estas y otras ceremonias oficiales (apertura de la exposición de pinturas y de la de libros, a la que concurrió la Academia de la Historia con valiosísima aportación) recibieron constantes muestras de deferencia en el orden particular, destacándose entre ellas las debidas a la esplendidez del ilustre fundador de la *Hispanic Society*, míster Huntington, quien, aunque por su estado de salud no pudo acompañarles constantemente (y por ello fué designado para *escort* de los españoles el también miembro de la misma Academia míster Hamlin Garland, que con tal carácter les recibió en el puerto), les agasajó en su domicilio, puso a su disposición su propio automóvil, cuidó de su instalación en el *Harvard Club*, y tuvo la bondad de servirles personalmente de guía en una visita a la benemérita So-

ciudad hispanófila debida a su iniciativa y perseverancia. En otros centros también, tales como la Biblioteca Pierpont Morgan, regida por la experta y amable Miss Greene: el *Research Institute*, del que hizo los honores el competentísimo hispanista míster Cook, que colmó de atenciones a los viajeros; la Biblioteca de Nueva York y la Librería del Congreso, en Wáshington, los académicos españoles fueron objeto de incesantes muestras de consideración. Y todavía a bordo, de regreso, continuaron recibiendo efusivos radiogramas de despedida, a los que correspondieron con otros expresivos de afecto y gratitud tanto en nombre propio como en el de las instituciones por ellos representadas.

Discurso

leído por don Félix de Llanos y Torriglia en la Biblioteca de la Academia Americana de Artes y Letras, de Nueva York, el día 13 de noviembre de 1930, con ocasión de la inauguración del nuevo edificio.

LADIES AND GENTLEMEN:

The Royal Academy of History, at Madrid, has received as a great honor the invitation of the American Academy of Arts and Letters to assist at the ceremonies in connection with the opening of its new building, and has conferred on me the extremely agreeable mission of representing it on this occasion.

Then, on behalf of my Academy, permit me to greet cordially this very excellent Institution, and to all and each one of its illustrious members. I unite myself with the satisfaction that they must feel in installing themselves in such a beautiful residence. Allow me to congratulate you.

And now, profiting of your kind authorization of expressing myself in either Spanish or English, because you must have remarked my bad pronunciation, I beg of you to listen to a few words in my native tongue, which will be consecrated to an unfading souvenir that the historical literature of Spain owes to North America. I wish, in its name, to take advantage of this solemn moment to pay back this debt of gratitude.

SEÑORAS Y SEÑORES:

Hace un mes no tenía yo la menor idea de que iba a disfrutar la honra inolvidable de hallarme en este acto. La Real Academia de la Historia había designado con acierto para representarla en él al Marqués de Lema, personalidad relevante de nuestra aristocracia, nuestra política y nuestras ciencias históricas. Súbitamente, quehaceres ineludibles le retuvieron en España. Y, al buscarle sustituto, la bondad de nuestro preclaro Director, el Duque de Alba, se fijó precipitadamente en mí, no ciertamente por títulos superiores a los de cualesquiera de mis dignos compañeros y maestros, sino tal vez por la notoria predilección que en mis escritos tiene el reinado de los Reyes Católicos (aquel reinado de cuyo estudio dijo míster Prescott que “seguramente ningún asunto podría hallarse más adecuado a la pluma de un americano”) y por la devoción que especialmente profesé siempre hacia la excepcional figura de la gran Isabel que, creyendo al genio bajo palabra, según afortunada frase de Gautier, inició con Colón la era de los descubrimientos en el Nuevo Mundo, mereciendo que la posteridad pueda justificadamente designarla con el augusto dictado de *Madre de América*.

Es, pues, notorio que, ignorando yo la ventura que me estaba deparada, no podía tener apercibido, para leerlo ahora, trabajo alguno digno de emparejarse con la merced recibida. Bien hubiera querido aportar a esta solemnidad algún documento curioso, un estudio profundo, o la exposición de apreciaciones críticas de cierta novedad;

pero ya que ello no me sea dable, hame parecido muy del caso, realizando a la par un acto de justicia y de oportunidad, solicitar de la Academia de Artes y Letras el honor de que me consienta utilizar el espacio que me está reservado consagrandole breves minutos a un respetuoso saludo a la memoria del americano insigne, a cuyo apellido acabo de apelar para dar a mis primeras palabras ante vosotros la autoridad de que por sí carecen, y a cuyo laborioso empeño deben perenne tributo de gracias la literatura y la historia de mi país.

Singularmente se la debemos los admiradores de Isabel primera de Castilla. Y ya que no puedan hablar por mis labios ciencia ni preparación ni reposado juicio, sea al menos la efusión sincera de mi espíritu quien dicte estos párrafos consagrados a evocar en su propia patria, por la voz agradecida de la mía, la ingente figura de un norteamericano que por derecho propio se destaca en la primera línea de los grandes historiadores españoles. Sea, además, esta evocación homenaje que en tan alta personalidad rendimos los emisarios que venimos del otro lado del Océano a esa benemérita legión de hispanistas del siglo XIX, que llevando al frente los nombres de Wáshington Irving, de Ticknor, de Prescott y de Longfellow, fué la precursora de las posteriores generaciones hispanófilas, cuyo portaestandarte es en la actualidad mister Archer Milton Huntington, y que tiene el templo de sus amorosas oraciones entre los muros señoriales de *The Hispanic Society of America*, editora no ha mucho de las cartas de Prescott a Gayangos, con notas de Clara Luisa Penney.

Felizmente, por no buscada coincidencia, es oportuna la fecha en que vengo a departir con vosotros acerca de

William H. Prescott. A principios de 1826 recibía Prescott, de Madrid, los primeros materiales para su *History of Ferdinand and Isabella*. En noviembre de 1837 la daba por concluída. Estamos, pues, en pleno centenario de la gestación de la magna obra. Ningún momento, por tanto, más adecuado que éste para imaginarnos, con un siglo de por medio, la figura del admirable erudito, tuerto desde la mocedad, amenazado de perder el otro ojo, progresivamente debilitado, abriéndose paso casi a tientas, como en busca de la luz de la verdad, entre la oscuridad de cien legajos de exóticos papeles. Maravilla el tesón que supone el esfuerzo continuado de su voluntad, revolviéndose entre tanto manuscrito de estilo arcaico, y quizás de letra enrevesada, valiéndose para interpretarlos y juzgarlos y acoplarlos, de crónicas y libros escritos en idioma para él extraño, a centenares de millas del país en que más allá de los mares se verificaron los sucesos glosados, y habiendo de valerse, como de lazarrillos que le guiaran, de dos beneméritas mujeres, sobre todo, que fueron sus más constantes lectoras e intérpretes. ¡Loor eterno a la abnegación de la madre y de la hermana de Prescott, merced a cuyo cariñoso concurso la Historia de España puede ufanarse de las preciadas aportaciones con que la enriqueció la laboriosidad imperturbable, impávida, del semiciego hijo de vuestro Estado de Massachusetts!

Prescott, todos lo sabéis, no fué hispanófilo por vocación innata. Todavía en 1824, cuando empezaba a aprender el castellano, escribía a su amigo Bancroft: “Dudo que haya muchas cosas estimables que aprender en este idioma”; y casi dos años más tarde vacilaba aún entre escribir una monografía sobre el ocaso de la Re-

pública romana o hacer un estudio de nuestros Reyes Católicos. Al fin, en 19 de enero de 1826 escribe en su libro de memorias una línea, que en 1847 había de acotar al margen con el calificativo de “una elección afortunada”. En la línea acotada decía: “Opto por la Historia de Fernando e Isabel.” Fué, pues, entonces cuando, como por sobrenatural revelación, prendió en su espíritu la hispanofilia bendita que, en creciente tensión, había de acompañarle ya hasta el fin de su vida, que ni bastó, desgraciadamente, para que pudiera rematar su última obra hispanófila. Y una vez tomada la inspirada resolución, hizo venir de España los primeros materiales que habían de servirle como cimientos de su proyectada fábrica.

Apenas habían empezado ellos a llegar —él mismo lo ha contado— perdió casi por completo la vista y hasta la esperanza de recobrarla. Quienes alguna vez, por no ser paleógrafos, nos hemos desesperado ante el arcano de un viejo documento, o por acumulación de menesteres hubimos de posponer la lectura predilecta, o por apagárenos la luz nos vimos forzados a demorar no más que unos minutos la labor emprendida, no podemos concebir siquiera la tortura, el suplicio de Tántalo que para Prescott sería saber que llegaban a su biblioteca por docenas libros, copias, transcripciones de documentos inéditos que desde España le remitían ya míster Everett, embajador en Madrid; ya míster Middleon, secretario de la Delegación; ya míster Rich, cónsul en Baleares, y percatarse de que su semiceguera le impedía gozar, sabe Dios si para siempre, de aquel que él llamaba su “tesoro trasatlántico”. “Yo era —afirma al relatarlo— como un hom-

bre que se consume de hambre en medio de la abundancia.”

Otro espíritu menos animoso, una voluntad de menores alientos, habría abandonado el intento; pero Prescott no. Dijérase que los papeles que iban llegando de la patria del simbólico *General No Importa* reforzaban la férrea decisión de aquel espíritu templado en vuestro clásico *Go ahead!* Para leer, se procuró auxiliares; para comprender bien el sentido de los viejos textos que dificultosamente le leían, se hacía repetir frases y hasta deletrear palabras; por último, para redactar él mismo y comprobar si lo redactado reflejaba su pensamiento, compró, medio inventó y perfeccionó luego, un aparatillo dactilográfico, como los de los ciegos, que hasta le permitía escribir a oscuras. Y así, porque aunque mejoró mucho no recuperó nunca la vista perdida y quería conservar la recobrada, fueron pasando desde su mente esclarecida a la imprenta los cuatro tomos de la *Historia de Fernando e Isabel*.

Así también, y con la misma intensidad de preparación, dió vida a *The History of the conquest of Mexico*, a *The History of the conquest of Peru* y a la no terminada *History of the reign of Philip the Second, King of Spain*. Así puso al tratado de Robertson (*expurgatus et enmendatus* por él, según frase de su paisano el famoso autor de *The History of the Spanish Literature*) el dramático colofón en que con tan brillante colorido relata la vida de Carlos V después de su abdicación. Sería impropio del momento hacer aquí crítica de estos libros. Sería también indigno de vosotros y de mí que, lisonjero, en adulación póstuma, los ensalzara como infalibles. A veces no pudo sacudirse por completo inve-

terados prejuicios; aunque procuraba sobreponerse a ellos, como en el caso de Felipe II, a quien, en la intimidad, confesaba que le veía “negro de pies a cabeza”, pero a quien, una vez sentado en su estrado de juzgador, procuraba enfocarlo a la luz de la crítica histórica y de los deberes de su misión. A veces, en cambio, se enamoraba de sus personajes con pasión, de la que no se avergonzaba, cual le sucedió con las eximias figuras de Isabel la Católica y Hernán Cortés. Nada hay, además, definitivo en la Historia, y sus mismos valiosos hallazgos han sido en algunos puntos desvirtuados o contradichos por descubrimientos ulteriores.

Pero lo que nadie le negará en justicia es la concienzuda y costosa rebusca de antecedentes, la claridad y belleza del estilo, la fuerza pictórica de sus descripciones. La de la batalla de San Quintín entusiasmaba y con razón a Ticknor. La del regreso de Colón y su entrevista con los Reyes en Barcelona son dos cuadros de maravilloso relieve. Y por encima de todo, los españoles hemos de agradecerle haber escudriñado, aireado, divulgado, con la colaboración inestimable en gran parte de don Pascual Gayangos, nuestros propios Archivos y algunos extranjeros, siempre animado del más estricto propósito de imparcialidad para nuestro glorioso pasado, harto desfigurado y calumniado por los propaladores de la leyenda negra. Al devolver a Jorge Ticknor, con algunas observaciones, el manuscrito de su Historia de la Literatura, le felicitaba porque con ella desmentía la estúpida sátira de que “the Spaniards have but one good book, the object of which is to laugh at all the rest”; y, en efecto, los capítulos dedicados en el libro sobre los Reyes Católicos a libros, dramas, romances y cancione-

ros españoles bastan para autorizar la protesta de Prescott y esclavizarle la gratitud de nuestra cultura nacional.

Nuestra Corporación, eligiéndole su Correspondiente, le ofrendó en vida un testimonio de legítimo aprecio. Bien lo merecía. Su obra magna, es cierto, tuvo en las esferas eruditas el inmediato antecedente del *Elogio de la Reina Católica*, redactado y documentado profusamente por el secretario de nuestra Real Academia, don Diego Clemencín. Pero puede decirse sin hipérbole que la Europa entera del siglo anterior conoció a Fernando e Isabel a través de las elocuentes páginas de William H. Prescott, vertidas al poco tiempo de su aparición al francés, al alemán y al italiano, siéndolo también al castellano por la cuidada pluma de otro secretario de nuestro Instituto, don Pedro Sabau y Larroya. Ellas redimieron del olvido en que injustamente iban cayendo las extraordinarias figuras de los gloriosos Soberanos, impulsores y protectores de la genial empresa de los descubrimientos de las Indias. Ni América ni España deben, pues, desaprovechar cuanta oportunidad se presente para honrar al eminente historiador. Los españoles, sobre todo, no debemos olvidar al escritor insigne que, según afortunada frase de una de sus cartas, pasó la mayor parte de su existencia viviendo en vuestro país y pensando en el nuestro.

LADIES AND GENTLEMEN:

Many thanks to you. A certain day Bancroft said to Ticknor on commenting on his *Life of Prescott*: "In raising a monument to Prescott, you have constructed an imperishable one for

yourself." I wish to say, in taking leave of you, that Prescott, in raising by his book a monument to the Spain of the fifteenth and sixteenth centuries, has erected a magnificent one to himself.

Excuse me if I have profited of this occasion to put on its steps a bunch of everlastings in the name of his Spanish admirers.